

cidos, se publicó en 2012), Antonio Sáez Delgado hace un minucioso repaso de las relaciones de Pessoa con la cultura española. Si los grandes nombres le dieron la espalda, Adriano del Valle le conoció en Lisboa y, a través de él, mantuvo correspondencia con algunos poetas ultraístas. Pero se trata de contactos que no tuvieron ninguna trascendencia y que solo dejaron un mínimo eco en algún diario provinciano.

Antonio Sáez Delgado, que no deja escapar ninguna minucia erudita, muestra ideas un tanto confusas en lo que se refiere a la periodización literaria. Pessoa, afirma, «fue contemporáneo, al menos, de tres grandes momentos generacionales de la literatura española»: modernismo y 98 («con Unamuno a la cabeza»), «el tiempo de la vanguardia histórica, marcado por el signo del ultraísmo, y el momento generacional del Veintisetete». Pero los poetas del ultraísmo y los poetas del 27 forman dos grupos distintos —con varias coincidencias—, no dos generaciones distintas. La otra generación con la que coincidió Pessoa sería la de los novecientistas —Gómez de la Serna, Ortega, d'Ors—, sus estrictos coetáneos.

Señala Pessoa que no hay en España «una figura que destaque por su genialidad: lo más que hay son figuras de gran talento: un Diego Ruiz, un Eugenio d'Ors, un Miguel de Unamuno, un Azorín». Sáez Delgado, que se ocupa de anotar nombres bien conocidos, deja al lector con la incógnita de quién sería ese «Diego Ruiz», que para Pessoa tenía la misma importancia que Unamuno y que no pasaba de un pintoresco médico y publicista de la época (primero afirmaba ser de origen gitano, luego judío y descendiente de los Álvarez de Toledo), hoy olvidado. La presencia de ese nombre junto a los otros nos ilustra bien sobre el poco preciso conocimiento que Pessoa tenía de la literatura española de su tiempo.

Atinadas una vez, sorprendentes y paradójicas otras («solo separados estamos unidos», dice de los pueblos peninsulares), confusas a menudo, estas divagaciones pessoanas sobre Iberia y el imperialismo cultural se dirigen a un público bastante más restringido que sus poemas, ortónimos o heterónimos, y las prosas del *Libro del desasosiego*.

Una algo enrevesada «nota filológica», firmada por Jerónimo Pizarro, pretende «hacer explícitos algunos criterios editoriales». Lo consigue a medias, muy a medias. Según nos indica, «se ha tenido a bien revisar la edición original del volumen *Iberia*, sopesar la inclusión de algunos apéndices y preparar una edición más comercial del libro que salió en Portugal, el cual, en muchos aspectos, se puede describir como una edición crítica, algo que esta no pretende ser». No se nos indica cuáles son exactamente esas revisiones, ni quedan claras las diferencias entre una edición «comercial» y una edición crítica. El resultado se queda a medio camino entre una edición para especialistas y una edición para todos los lectores, y quizá por eso no satisfaga ni a unos ni a otros.

Los apuntes incompletos y contradictorios para un libro que no se llegó a escribir que constituyen *Iberia* son una buena muestra de la plural curiosidad de Pessoa y un excelente recordatorio para los desmemoriados de que «la cuestión catalana» no es un invento reciente de los nacionalistas periféricos, sino un problema aún sin resolver de la historia peninsular.

El padre sin nombre

Sergio del Molino relata en *La hora violeta* su vivencia de padre en el laberinto del dolor



FRANCISCO GARCÍA PÉREZ

Muy buena salud mental y física (lo mismo, al fin y al cabo) hay que tener si se desea finalizar la lectura de *La hora violeta*, el libro donde Sergio del Molino (Madrid, 1979) nos hace acompañarlo por el pavoroso laberinto de dolor en que se pierde desde que su hijo Pablo ingresa con diez meses en un hospital por cáncer hasta que, a punto de cumplir dos años, «arrojamos sus cenizas». Sí, el mismo título que aquella novela de Montserrat Roig, siguiendo ambas los versos de T.S. Eliot: «Es la hora violeta / cuando los ojos y las espaldas / se levantan del escritorio, / cuando el motor humano espera / como un taxi parado en marcha». Claro que el texto de Del Molino es una novela, si por tal entendemos que cuenta con acción (el descenso al infierno que implica ver cómo un hijo se te muere) y personajes (Pablo, sus padres, los amigos, los médicos espléndidos o repugnantes y animalizados, como el de la página 93). Pero está claro también que no es una novela solamente: es, sobre todo, una crónica del dolor, casi un reportaje periodístico sobre el espanto.

El menor de edad a quien se le han muerto el padre y la madre o uno de los dos es un «huérfano», y solo admite la RAE también como tal a quien se le han muerto los hijos, pero en una acepción «poética». Por eso Del Molino se embarca en encontrar un imposible: «La búsqueda de una palabra que no existe en mi idioma: la que nombra a los padres que han visto morir a sus hijos». Nada de florituras de estilo, pues; nada de ejercicios sintácticos, por lo tanto: «Esta historia la han escrito otros por mí. Yo solo la estoy llorando» o «Yo soy mi pena y mi pena eres tú». Novela, crónica o reportaje (el autor es periodista de oficio) que juzgo de lo más notable que se puede encontrar entre los nuevos escritores españoles que asoman al desolado panorama editorial. Hospitalares, silencios, la quimio, esperanzas, punciones de médula, el desgarrar total, tanto el deseo como la imposibilidad de huir de algo para lo que nuestro cerebro no está programado: «No puedo retroceder en el tiempo, no puedo despertar y comprobar que ha sido una pesadilla y ni siquiera puedo salir corriendo, sacar todo el dinero del banco y esconderme en un país



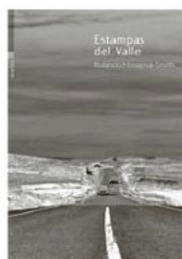
La hora violeta
SERGIO DEL MOLINO
MONDADORI, 2013
193 PÁGINAS

lejano con otro nombre, porque la muerte de Pablo me va a destruir dondequiera que esté». Extraordinario el acto de conciencia de quien sabe con espantosa claridad que, en efecto, la enfermedad del hijo (a quien Del Molino llama siempre por su nombre, separándose del «modo Umbral», tan citado, en *Mortal y rosa*: «el niño», por ejemplo) lo está arrasando y lo va a aniquilar cuando llegue la muerte. *La hora violeta* es un pozo de dolor, un exponente del horror ante lo casi inefable pero que, curiosamente, solo a través de contarlo parece procurar cierto sosiego. Como los demás libros que hay que leer en plena forma: *El libro del desasosiego*, *Esa visible oscuridad*, *Bajo el volcán...* Porque, además de no haber consuelo desde dentro, digamos, tampoco se va a encontrar fuera, al menos tal y como se precisa: «Estamos en el laberinto del dolor, y eso quiere decir que estamos solos. El dolor asusta a los demás, damos miedo. La gente se aleja, no te entiende, esperan que lo superes, que vuelvas a ser el de antes. Pero no puedes, y tampoco sabes explicarlo. No saben qué decirte, no saben qué hacer para que te sientas mejor, y acaban alejándose de ti. Terminamos solos en nuestro laberinto».

En fin, qué gusto poder seguir a un autor joven español que ya prometía y que no nos hace perder el tiempo lector y la paciencia crítica con necesidades.

El mundo fronterizo de un chicano pionero

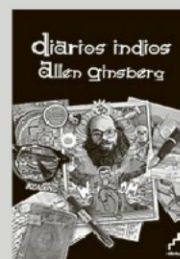
El chicano Hinojosa-Smith (Texas, 1929) es un gran desconocido del lector español, pero fue el primer escritor estadounidense en castellano que, al ganar el premio Casa de las Américas, alcanzó reconocimiento internacional. Hinojosa-Smith, más próximo a Rulfo que a Sandra Cisneros —al menos en estas *Estampas del Valle* (1973), su primera obra—, ha escrito indistintamente en inglés y en español una docena de novelas que conforman la saga conocida como *El viaje de la muerte de Klail City*. Protagonizadas por los primos chicanos Jehú Malacara y Rafa Buenrostro, las historias ambientadas en Klail City, capital del ficticio condado de Belken, en el valle del río Grande, cubren buena parte del siglo XX a través de una extensa nómina de personajes que bien pueden rondar el millar. En *Estampas del Valle*, el lector establecerá el primer contacto con toda la dureza de ese mundo fronterizo, a través de una poderosa escritura marcada por una fuerte voluntad de aproximación a la oralidad y recorrida por vetas de humor.



Estampas del Valle
ROLANDO HINOJOSA-SMITH
Prólogo del autor
Xordica
144 páginas
13,95 euros

Puro magma salido de la cabeza de Ginsberg

Cuando el poeta Allen Ginsberg (1926-1997) decidió orientar sus pasos a la India, los hippies que años después habrían de seguir la misma senda estaban empezando a luchar todavía con el acné. Ginsberg, una de las piedras miliare de la «beat generation» y uno de los gurus de la revolución juvenil de los 60, escribe la primera entrada de su diario indio el día de San José —es muy probable que él ignorase ese dato— de 1962. Lo que sigue son casi 250 páginas de «puro Ginsberg», con descripciones, enseñanzas, poemas, divagaciones, dibujos, reflexiones —sobre el país, la vida, el mundo, la literatura—, que se extienden hasta finales de mayo de 1963. Abruptas, líricas, descarnadas, extraviadas, atropelladas, precisas, las líneas de este cuaderno, que transcurre, sí, en India, pero sobre todo en la magnética cabeza del poeta, serán una delicia masticable para cualquier amante de los aullidos de la contracultura, aunque sólo se recomiendan al lector canónico si ha hecho propósito de enmienda.



Diarios indios
ALLEN GINSBERG
Traducción de Daniel Ortiz Peña
Escalera
248 páginas. 17,95 euros